



matilde guidolavalle

una
extraña
arquitectura

DESDE el Tibidabo, magnífico mirador de Barcelona, desde donde se abarca toda la ciudad entre la costa y la montaña, el observador después de acariciar con la mirada las formas indiscriminadamente encantadoras, comienza a destacar las siluetas más imponentes por su tamaño o su emplazamiento e inmediatamente surgen elevándose, creciendo, empinándose hacia el cielo las cuatro torres del templo de la "Sagrada Familia". Tal la intención cumplida de Gaudí: todo el edificio concebido a base de verticalidad, para conseguir que su estructura emergente y luminosa sobresalga por encima de la ciudad, como una plegaria permanente, como un testimonio de fe y de arrepentimiento, "templo expiatorio".

Gaudí era extraordinario por muchos conceptos pero sobre todo porque lograba realizar sus obras. Es el extraño caso de un loco soñador genial, capaz de materializar su fantasía.

La extraña arquitectura del templo, siempre en crecimiento como algo vivo y simbólico conviene a la intención de sus fundadores que iniciaron su construcción el día de S. José del año 1882: "... para mayor honra y gloria de la Sagrada Familia. Despierte de su tibieza a los corazones adormecidos. Exalte la fe. De alientos y apoyo a la caridad. Contribuya a que el Señor se apiade del país", según consta en el acta depositada junto a la piedra fundamental.

El proyecto, aún no concluido, es el de un templo basilíco de cinco na-

EXTRAÑA ARQUITECTURA

ves y crucero, éste de tres naves, formando una cruz latina de las siguientes medidas: nave y ábside 95 metros, crucero 60 mts., ancho de la nave central 15 mts., de las laterales 7,50 mts. Ancho total: 45 mts., y ancho del crucero, 30 mts. El ábside estará formado por siete capillas con deambulatorio alrededor del presbiterio rematado por dos escaleras circulares que llevarán a coros y triforios.

Las tres fachadas con sus grandes pórticos están consagradas respectivamente: al fin del hombre y a la Gloria, al Nacimiento e Infancia de Jesús y a su Pasión y Muerte. Cada una de estas fachadas está sobrecargada de alegorías simbólicas de la vida de Jesús, esculpidas en la piedra que adquiere en manos de Gaudi una plasticidad de materia viva. Alguien habló por ahí de la "piedra vegetal" de Gaudi; piedra vegetal en el sentido de vida palpitante y eso sugiere esa mole cimbrante que desde hace 76 años crece perpetuamente cultivada por la fe de los creyentes.

Sin conocer el pensamiento filosófico de Gaudi, puede afirmarse que lo informa un vitalismo apasionado y místico más emocionante y creador que el de Ortega tan sutil, pero algo frío que hoy día impregna hasta el vocabulario de los intelectuales españoles, muy pocos de los cuales han podido sustraerse a su influencia.

La masa total del templo representa a Jesucristo y sus fieles: el cimborio central de mayor altura está coronado con una cruz en cuyo centro hay un cordero, los cuatro restantes que lo rodean, ostentan los símbolos de los Evangelistas: águila, buey, león y án-

gel. Los doce campanarios de las fachadas rematan en pináculos en los que se ve el báculo, la mitra, la cruz y el anillo y están dedicados a los doce apóstoles, primeros obispos de la iglesia. El ábside y la cúpula coronada por una estrella está consagrada a la Virgen y los símbolos que rematan las linternas de las capillas auxiliares sintetizan las antífonas de la O, de la liturgia de Adviento: invocación de esperanza por la llegada del Redentor. Cada piedra, cada arco, cada moldura tienen significación: la obra completa es un compendio de las Sagradas Escrituras y de la Liturgia.

La fecundísima imaginación de Gaudi no ha dejado detalle por resolver: desde la fachada con su exuberancia alegórica hasta los tenebrarios, atriles y cirios han sido dibujados por el maestro y la obra en conjunto es una locura. Una fantasía exaltada e ingenua que hace exclamar: ¡Qué disparate! Pero la paradoja es lo característico en lo español y detrás de aquella creación infantil en su idealismo está el cálculo certero, la solución arquitectónica imprevista que resuelve lo aparentemente insoluble. Es como si el arquitecto quisiera demostrar que todo es posible con la piedra y se entretuviera en crear problemas para resolverlos gozosamente. Y así la "Sagrada Familia" sigue creciendo con el aporte material y la fe de los fieles y ante el escepticismo que se detiene frente a sus fachadas y dice: ¡Esto no se puede terminar porque es un absurdo!

Pero como dijo un español "eso no se puede terminar y ni siquiera empezar en ninguna parte del mundo, pero sí en España que es el país de los absurdos".

Dos años antes de los acontecimientos ocurridos en Buenos Aires, en mayo de 1810, viaja desde su provincia natal hacia la ciudad de Córdoba un joven mendocino con el objeto de iniciar sus estudios en el Real Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat, fundado en 1687, en tiempo de la gobernación de don Tomás Felipe Félix de Argandoña.¹

Córdoba, edificada en una estrecha ensenada entre el río Primero y un es-

los jesuitas, debido a la aplicación de la real cédula de Carlos III, el colegio y la universidad de la ciudad pasan a ser administrados por los franciscanos. El 11 de enero de 1808 es encargado de la rectoría el deán Gregorio Funes, sacerdote que realiza varias reformas en el plan de estudios.³

Los jóvenes de Monserrat, llegados de varias regiones del actual territorio argentino, no se diferenciaban de otros escolares del mundo hispánico de

Cartas de un estudiante de Córdoba en 1808

RICARDO RODRIGUEZ MOLAS

peso monte, según nos refiere el autor de *EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES*, era la ciudad universitaria, centro de estudios de la juventud rioplatense de aquellos años. Lucía siete iglesias y varios conventos de monjas y frailes. La riqueza de los pobladores —y fueron mucho mayores si no gastaran tanto en pleitos impertinentes—, el comercio de mulas, compradas en Buenos Aires y vendidas luego en el Alto Perú, la calidad de sus esclavos —en esta ciudad y en todo el Tucumán no hay fragilidad de dar libertad a ninguno—, lo costoso de la ropa de sus pobladores masculinos —los hombres principales gastan vestidos muy costosos, lo que no sucede así en las mujeres—, y la observancia de las costumbres de sus antepasados —no permiten a los esclavos, y aún a los libres, que tengan mezcla de negro, usen otra ropa que la que se trabaja en el país, que es bastante grosera—, habían hecho famosa a la “docta” entre los pobladores de estas meridionales regiones del Continente.²

Con posterioridad a la expulsión de

aquel entonces. Sus juegos y estudiantinas eran las mismas; de noche y a pesar del cuidado que ponían los celadores, se escapaban del colegio para rondar por el rancherío de la ciudad en busca de algún baile o una diversión fácil. Juan Cruz Varela —el poeta de la revolución— dejó unos versos que recuerdan un curioso episodio de la universidad a raíz de una rebelión de estudiantes contra el rector. Nos refiere el hecho Juan María Gutiérrez en el estudio que dedicara al diante en Córdoba, ridiculiza a uno de los escribanos que acompañaran a los jueces y al rector que iniciaron un proceso contra los rebeldes que habían tomado posesión de la casa de estudios y recuerda las sátiras de Quevedo:

*Entró una nariz primero
Luego un ala de sombrero,
Después dos cejas pasaron,
Y de tantos como entraron,
Don Diego Olmos fue el postrero.*